

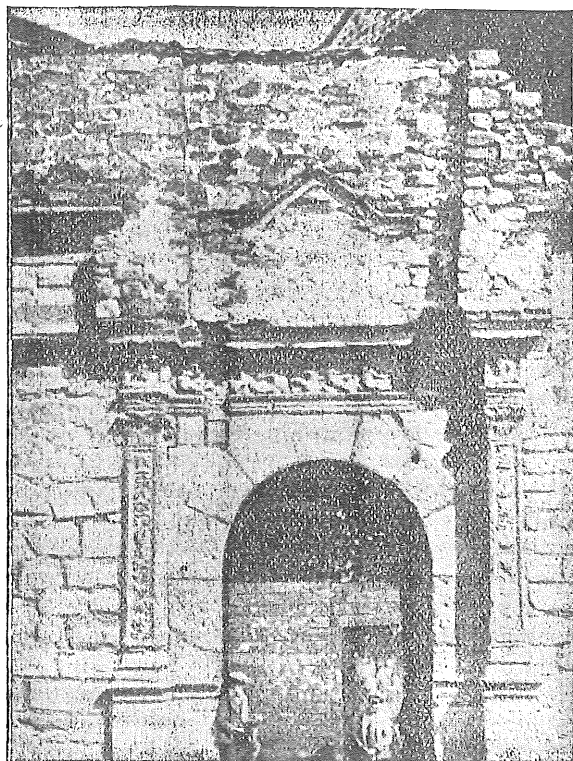
TRAS LAS HUELLAS DE VANDAELVIRA

EL CASTILLO DE SABIOTE

LA mañana, diáfana y tranquila, invitaba a caminar. Cogiendo la máquina fotográfica —cinco quilos de peso— salí de Ubeda camino de Sabiote. Una legua las separa y la hora que tardé en recorrerla fui gozando en la contemplación del campo — blancos cortijos entre olivares y tierras de labor, sierras y cerros azulando en la lejanía —y respirando con avidez el aire sutil de aquella mañana de invierno. Mediaba Febrero.

A lo lejos se divisaba el caserío de Sabiote. Desde antiguo viene citándose su castillo como

obra del gran Vandaelvira. Ni fotografías ni descripciones conocía de tal fortaleza. ¿Iría a encontrar al término de mi camino una obra indudable de esa personalidad tan sugestiva del Renacimiento andaluz? Apresuré el paso y llegué a las primeras casas del pintoresco pueblo. Tras una visita a la iglesia—de la que hablaré otro día—seguí calle abajo por entre casas del siglo XVI. De frente, aparecía el castillo, un castillo imponente, magnífico, rodeado de un foso por la parte del pueblo mientras que por el lado opuesto la meseta sobre la que se asienta baja en rápido declive hasta el valle.



Desde los adarves de la fortaleza extiéndese la vista por un panorama dilatado de sierras, valles y lomas de tonos claros y aspecto meridional.

Forma el castillo un recinto rectangular con tres torres en otros tantos de sus ángulos. Sobresale el muro exterior de uno de los lados del rectángulo y en él hay una cuarta torre cercana al ángulo que carece de ella. El exterior, muy pintoresco, tiene altos muros lisos de sillería, coronados por un adarve con troneras y numerosos escudos con casco y cimera, sostenidos por sirenas. Los escudos, las molduras que formando ángulo los protegen y que corren por todos los muros, y la puerta de pilastras con grotescos, sobre pedestales lisos, dan una nota de elegancia renaciente que contrarresta la adustez militar de la fortaleza.

Penetrando por esa única puerta, que tuvo puente levadizo y su escudo en la parte superior que hoy falta, llégase a un reducido patio, aproximadamente triangular, en cuyo frente se ve un gran arco escarzano cuyas dovelas tienen finamente esculpidas figurillas con cartelas y una calavera en la clave. Una escalera, construida en el grueso del muro, permite subir al adarve. Bóvedas de cañón en bajada, otras normales, y difíciles acuerdos, muestran la conocida pericia de los arquitectos del renacimiento andaluz en el corte de piedras y su afición a plantear y resolver complicados problemas de estereotomía. Por otro lado, un gran salón que cuatro arcos de ladrillo dividen en dos naves cubiertas con bóveda de cañón de igual material, es casi el único resto intacto del interior.

El patio no se conserva. Dos destrozadas columnas pegadas al muro en las que descansaban los arcos finales que servían de contrarresto de los restantes, permiten formarse una idea de él. Sus capiteles son jónicos, descansando las columnas sobre pedestales. Este patio debió tener arquería solamente en tres de sus lados; en el otro hay un pozo embutido en el grueso del muro y un magnífico escudo en alto sostenido por dos sirenas arrodilladas mostrando sus torsos desnudos, casco encima con cimera y finas labores renacientes sirviéndole de peana. Una inscripción en él nos da la fecha:

AN 1543.

Encima consérvase la cornisa, interrumpida de trecho en trecho por gárgolas con figuras de animales.

En los primeros diez años del siglo XVI, cuando el renacimiento apuntaba tímidamente mezclado con elementos anteriores en los

monumentos españoles, dos magníficos señores que habían disfrutado del ambiente refinado de las cortes italianas, quisieron trasladar a sus territorios de Andalucía, tan distintos de los de Nápoles, la Toscana o la Lombardia, las formas más exteriores de la vida italiana, ya que el espíritu no era fácil de transportar. Llamábanse aquellos magníficos señores, figuras interesantes de uno de los momentos más sugestivos de la historia de nuestra cultura, D. Rodrigo de Mendoza, hijo del Gran Cardenal de España y primer marqués del Cenete y D. Pedro Fajardo, primer marqués de los Vélez. Aquel construyó en La Calahorra, al pie de Sierra Nevada, una fortaleza cuyo interior adornó con mármoles italianos labrados por artistas que hizo venir a España y trabajar en piedra caliza del país. D. Pedro Fajardo construyó en un cerro que domina la villa de Vélez Blanco una fortaleza imponente y en su interior artistas cuyos nombres se ignoran pero que sin duda alguna eran italianos, labraron en blanquísimo mármol de Macael pilastras, sobrepuestas, columnas, capiteles, cornisas, gárgolas. En los patios de sus residencias, D. Pedro Fajardo y D. Rodrigo de Mendoza, creeríanse tal vez en tierra italiana; al asomarse al adarve y contemplar las viviendas de los moriscos dominados por el castillo, el paisaje adusto, las vegas fértiles que bordeaban los ríos y la pobreza de las tierras restantes, notarían cuán lejanas estaban las campiñas italianas en las que habían vivido.

Treinta y tantos años después de construirse estos castillos, levantóse el de Sabiote, probablemente a imitación de aquellos. Su constructor debió ser D. Francisco de los Cobos, otro personaje italianizado a cuya magnificencia debe soberbios edificios el renacimiento andaluz. En el de Sabiote los artifices no son italianos; nuestra tierra estaba ya impregnada de formas clásicas y en este rincón de la alta Andalucía se levantaban por entonces las fábricas más puras y más libres—aunque parezca paradójico—de nuestra arquitectura del siglo XVI.

A dos o tres leguas de Sabiote, otro castillo, el de Canena, también de la familia de los Cobos, es réplica en muchas de sus partes del primero. Paréceme posterior, obra de artistas más inferiores que los de aquel y con recuerdos también del alcázar de los Vélez, como la galería alta de Mediodía.

Por los mismos años otro prócer, D. Pedro de Avila, primer Marqués de las Navas, embajador en Roma de Carlos V, construía en duro granito en plena sierra de Guadarrama, en las Navas del Marqués, a más de mil metros de altura, en un cerro desde el que se contempla un paisaje áspero y desolado, otro castillo fuerte y adusto al exterior como los andaluces, pero cuyo interior tiene for-

mas italianas. Reunió en él además D. Pedro de Avila una gran colección de restos romanos y llenos sus dinteles y pisos de máximas morales.



¿Qué artistas trabajaron en el castillo de Sabiote? Pregunta imposible de contestar sin un estudio analítico y profundo de él, sin una detenida labor comparativa con las obras contemporáneas de la región. La atribución a Vandaelvira es precipitada viendo el monumento y carece de prueba documental. Tal vez en el archivo de los Camarasa, como ha ocurrido con el Salvador de Ubeda, esté la clave del problema.

Leopoldo Torres Balbás

Arquitecto

Medina del Campo, enero de 1920.

